

**María Esther Sánchez Martínez**

*“La ciudad de México y el cuartel VI en el plano oficial de 1900”*

p. 8-18

---

## **De los métodos y las maneras**

### **Número 1**

---

#### **Coordinador de la obra**

Dr. José Iván Gustavo Garmendia Ramírez

#### **Compilación y Diseño editorial**

Mtra. Sandra Rodríguez Mondragón

DCG. Martín Lucas Flores Carapia

#### **México**

Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Azcapotzalco

Coordinación de Posgrado de

Ciencias y Artes para el Diseño

Primera edición impresa: **2018**

Primera edición electrónica en pdf: **2018**

<http://hdl.handle.net/11191/6136>

ISBN de la colección en versión impresa: **978-607-28-1322-9**

ISBN No. 1 versión impresa: **978-607-28-1323-6**

ISBN de la colección en versión electrónica: **978-607-28-1326-7**

ISBN No. 1 versión electrónica: **978-607-28-1327-4**



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

---

2020: Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, Coordinación de Posgrado de Ciencias y Artes para el Diseño. Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.

---

**Universidad  
Autónoma  
Metropolitana**



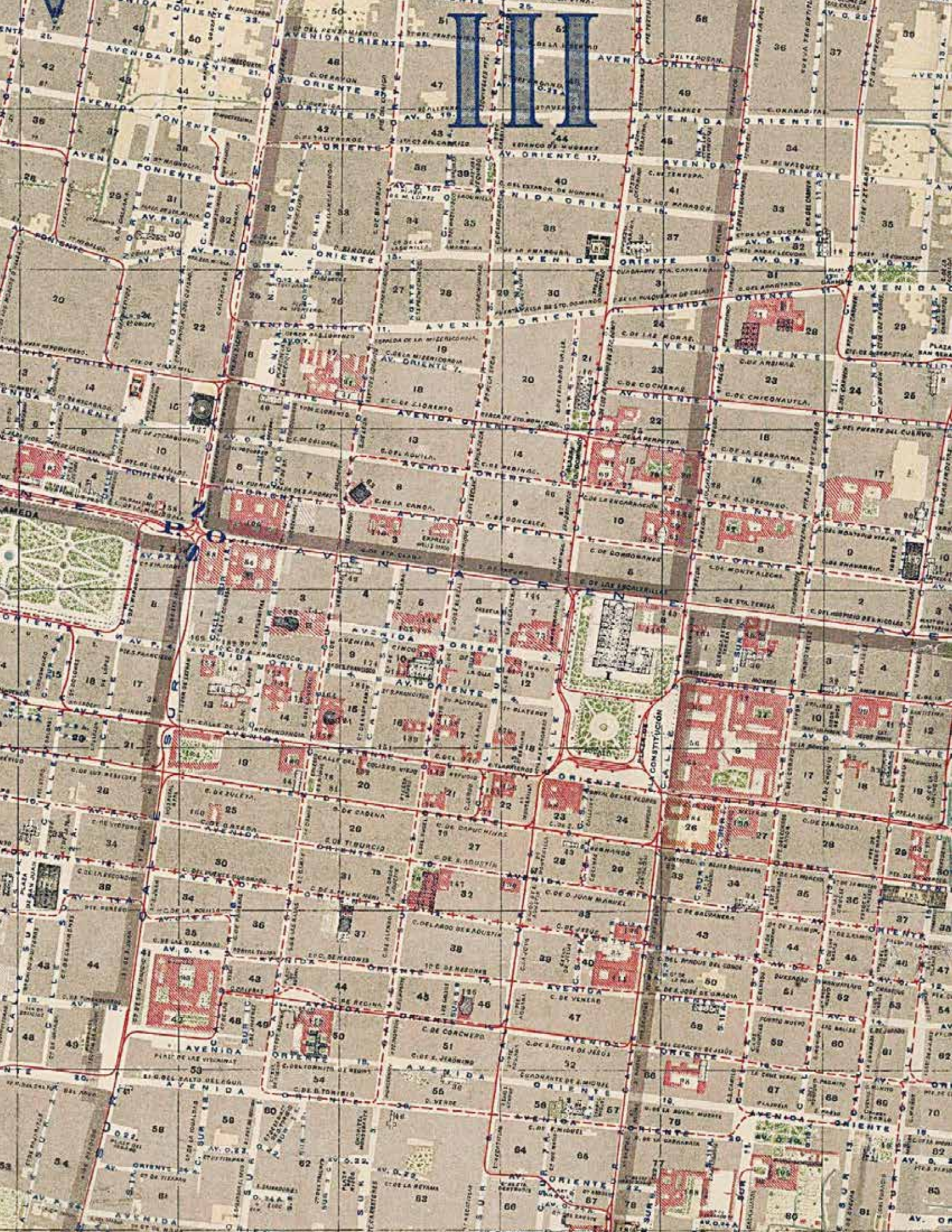
Casa abierta al tiempo **Azcapotzalco**



Ciencias y Artes para el Diseño

**Cordinación de  
Posgrado CyAD**







# La ciudad de México y el cuartel VI en el plano oficial de 1900

María Esther Sánchez Martínez

## Notas previas

En la actualidad la cartografía urbana tiene un lugar destacado en los estudios urbanos -en general- y en la historia de la ciudad de México -en particular. Desde la década de los setenta del siglo XX ha habido una serie de trabajos que han puesto de manifiesto la necesidad de abordar su análisis desde diferentes disciplinas (historia, geografía, urbanismo, arte, semiótica, etcétera). Lo cierto es que la autoridad de los mapas ha sido cuestionada; durante mucho tiempo se ha considerado que describen la realidad porque son resultado de procedimientos científicos y racionales (sobre todo a partir del siglo XIX). Los análisis de la historia de la cartografía han hecho un trabajo de deconstrucción -el trabajo más relevante es el del geógrafo J. B. Harley (1932-1991)-; han mostrado que los mapas son representaciones de la realidad espacial. Desde este punto de vista, los mapas se convierten en fuentes documentales que ponen en evidencia, a partir de lo que dice y omite, el espíritu de una época, la transformación del espacio, las relaciones espaciales y los actores que intervienen; es aquí donde los estudios urbanos pueden hacer su aportación considerando el análisis de los planos como estudios de caso. La interpretación de un mapa o de un plano por sí misma no es suficiente; se necesita abreviar en otras fuentes para no caer en la tentación de los grandes relatos o en la inmediatez del juicio.

Las líneas que siguen tienen el propósito de explorar el “Plano Oficial de la Ciudad de México, 1900” a par-

tir de las siguientes preguntas: ¿en qué sentido el plano es moderno? ¿dónde radica la singularidad de su representación y en qué momento se desdibuja su aparente racionalidad y orden? El plano de 1900 revela el deseo de emular a las ciudades europeas, y por lo menos en el terreno del discurso cartográfico sucede así; la realidad cartográfica se tambalea cuando se confronta con otras fuentes documentales; para exaltar las virtudes de la ciudad seguramente la estadística, tan en boga en esta época, tenía una contundencia cuantitativa indiscutible y precisa mayor que la imagen más convincente para las ideas positivistas, si es así ¿para qué el Ayuntamiento de la ciudad necesitaba de un plano y cuál era su propósito central?; se propone que para tener una interpretación el plano de 1900 sea analizado tomando en consideración otras fuentes documentales (literatura, archivos de documentos históricos, estudios especializados, guías de la época o guías de la ciudad) que nos permitan entenderlo en su contexto.

## I. El Plano Oficial un plano moderno

El Plano Oficial de la Ciudad de México de 1900 forma parte de la cartografía confeccionada en el periodo decimonónico, su nombre delata su propósito inicial: ofrecer una instantánea de la realidad urbana de nuestra ciudad en las postrimerías del siglo XIX. Fue realizado por la Comisión de Saneamiento y Desagüe desde 1889 y actualizado hasta 1899; su uso estuvo circunscrito al

Ayuntamiento de la ciudad y la comercialización corrió a cargo de la Compañía Litográfica, S. A. Los originales pueden consultarse en la Mapoteca Orozco y Berra y en el Archivo Histórico de la Ciudad de México; la reducción del plano se publicó en la Memoria documentada de los trabajos municipales de 1900.

La ciudad de México según el plano de 1900 señala los siguientes límites: al norte tiene la calzada Nonoalco, el canal del Norte, las colonias Maza, Valle Gómez, Peralvillo y el Rastro General; al oriente la Penitenciaría del Distrito Federal (Lecumberri-AGN), el Gran Canal del Desagüe, los canales de San Lázaro y Riva Palacio, la estación y la garita San Lázaro, la calzadas del Peñón, Coyuya y Balbuena; al sur la calzada y el paseo de la Viga, la fábrica de mantas San Antonio Abad, la colonia Hidalgo y otra en proyecto (la colonia Obrera en los terrenos del potrero la Vaquita), el pueblo de Romita, la plaza de toros y el Panteón General de la Piedad; al poniente la ciudad queda delimitada por el río Consulado, las calzadas la Verónica y los Gallos, allende el río se localizan los ranchos: San Antonio, San Ramón, La Cruz, El Relox, El Chapitel, Santo Tomás, Santa Rosa y la Escuela de Agricultura y la colonia Santa Julia, también aparecen los ríos San Joaquín y los Morales, las calzadas de los Morales, la Anzures y Tacubaya, finalmente Chapultepec. López Rosado (1976: 185) anota que la ciudad de México tenía 344, 721 mil habitantes en 1900; es una urbe que aún puede abarcarse con la mirada desde los puntos más altos o ser recorrida en tranvía, en carruaje y con más paciencia, conocimiento o audacia a pie. El plano pone de manifiesto a una ciudad ordenada a través de ejes viales, dividida en sectores, con una traza reticular clara y con nuevos asentamientos.

En 1901, Prantl y Grosso en *La ciudad de México*. Novísima guía universal de la República Mexicana se ubican en las torres de la Catedral Metropolitana y describen como soberbia la vista que desde ahí se distingue de la gran capital; en su descripción destacan las avenidas y calles importantes: Plateros, Tacuba, Juárez, 5 de Mayo entre otras; también distinguen el remate del Colegio de Minería la fachada del Teatro Nacional “con sus cuatro esbeltas columnas” —cuando 5 de Mayo estaba cerrada por este inmueble- o las torres de los templos de la Santa Veracruz, de San Juan de Dios, San Hipólito y San Fernando hacia el poniente o, en sentido contrario, se erige la cúpula del templo de Santa Teresa, en su descripción no falta algunos inmuebles comerciales como el Centro Mercantil (hoy Gran Hotel de la Ciudad de México). De manera sesgada y para contrastar men-

cionan los arrabales de la periferia y llama la atención la manera en cómo lo hacen: “Por el Oriente se extiende entre casas vetustas, de sobria y pesada arquitectura, el México viejo, con sus calles angostas, sucias y tortuosas, sus míseras plazoletas, los puentes en ruinas del canal de la Viga, charcos verdosos y deletéreos, carros que corren en medio del arroyo, macizas, extensas y desnudas tapias, y a largos trechos jacales de adobe y tejamanil donde se albergan gentes infelices.” (1901: 689) La descripción de Prantl y Grosso ilustra la concepción que se tiene de la ciudad atrasada o el “México viejo” como lo llaman: una ciudad donde no hay grandes vistas de calles rectas de edificios monumentales, carente de servicios urbanos; de arquitectura variopinta que refleja los estilos del pasado o la improvisación de la vivienda de materiales frágiles y efímeros de gente pobre.

Y a pesar de esto no opacan la grandeza del paisaje que rodea a la ciudad: “Allá lejos, casitas blancas, se vislumbran árboles diminutos y verdes colinas: son los pueblos de tierra feraz, los exuberantes, los henchidos de frutos y de flores, de arroyos y cañadas de pájaros y mariposas; y se llaman Tacubaya, Mixcoac, Coyoacán, San Ángel, Tlalpam... en lontananza se dibujan los perfiles de una majestuosa cordillera, en la que se destacan las serranías del Ajusco y las Cruces y se presentan blancos, vaporosos, ideales, los volcanes del Popocatepetl y del Ixtaccíhuatl... Y sobre todo esto, sobre la ciudad y la llanura, sobre los lagos y los montes, sobre las praderas y los bosques, un cielo azul, terso, límpido, por el que pasan a la hora del crepúsculo y en rauda vuelo, mágicamente, los celajes más bellos...” (1901: 690). Prantl y Grosso describen la magnificencia de la ciudad rodeada de un entorno rural difícil de concebir para nuestra época y que la representación de los paisajes de Landeio y Velasco recrean —para poner un par de ejemplos en la plástica mexicana—, en su pintura en el último tercio del siglo XIX. En la descripción explícita o entre líneas de Prantl y Grosso hay una alusión clara a la idea de centro y periferia, de casco y arrabal, de barrios y colonias, de viejo y moderno, de rural y urbano. Esto se traduce en diferencias espaciales que van más allá de lo geográfico e inciden en lo social y económico, en las actividades cotidianas (que algunas veces dan nombre a las calles de la ciudad) y el uso que se le da al espacio. La ciudad descrita por Prantl y Grosso fue la que los ingenieros de la época llevaron a cabo en el lenguaje cartográfico y lograron poner sobre el papel para abarcarla en su totalidad, sólo que en la representación cartográfica se pierde intimidad con la ciudad que describen Prantl y Grosso,

en los planos o mapas predomina la idealización o síntesis de lo que se quiere manifestar.

La representación del territorio de la ciudad de la ciudad de México sobre el plano debió causar admiración, más aún en un momento de la historia donde el territorio nacional no era conocido con tanta precisión o donde la cartografía no era un lenguaje accesible y común a la mayoría de la población. Luis González advierte que: “En 1900, apenas el 18 por ciento de los mayores de diez años podía leer que no necesariamente leía.” (2001: 685); la cultura en general, durante el periodo de gobierno de Porfirio Díaz tenía sus bastiones en las grandes ciudades y sólo un número reducido de letrados tenía acceso a ella. Se entiende que la cultura de los mapas estaba circunscrita a un público letrado o especializado, porque, ¿qué habitante de la ciudad que realiza sus recorridos a pie precisa de un mapa para orientarse, si en el andar cotidiano se apropia de sus calles? El plano de 1900 estaba restringido en su uso al ámbito del Ayuntamiento para registrar las obras públicas realizadas en la ciudad, parte de su difusión pública fue a través de la Guía General Descriptiva de la República Mexicana (1899) de J. Figueroa Doménech y en el cuadernillo de Nomenclatura actual y antigua de las calles de la Ciudad de México, 1889-1900. Plano Oficial, publicado por la Compañía Litográfica y tipográfica, S. A.

La difusión y el uso del plano no estuvo destinado a las grandes masas, que para entender el plano no necesitaban saber leer y escribir, pero sí para comprender el sistema de nomenclatura del cuadernillo o acceder a la información ofrecida por la Guía de Figueroa, el plano no se ofrecía solo sino dentro de un contexto de publicación. ¿Cuál fue la resonancia del plano en el ámbito de la sociedad capitalina?, resulta difícil medirlo, lo cierto es que el plano de 1900 estuvo dirigido a un sector de la sociedad con intereses muy específicos: comerciales, promocionales o de registro de obras y servicios urbanos; aunque su propósito inicial haya sido recoger los cambios en la traza urbana de la ciudad de México; antes de proseguir vale la pena preguntarse qué papel desempeñó la cartografía durante el Porfiriato.

### **La cartografía en el Porfiriato**

La cartografía es el registro de una época y tiene un papel esencial para nuestra comprensión del espacio urbano y de la historia de la ciudad de México; al margen de la técnica de representación, de la precisión y la exactitud o del periodo en que se sitúa define una postura frente al territorio y una manera de concebir a la urbe

y sus habitantes; cada época de la historia ha definido usos distintos y específicos para los mapas. En la época del Porfiriato la cartografía alcanzó un papel sustancial, a diferencia del periodo de la Reforma donde la elaboración de mapas y planos tuvieron un papel estratégico de conocimiento y reconocimiento del territorio; aún estaba presente la procelosa década de los cuarenta cuando la joven patria registró la pérdida de más de dos millones de kilómetros frente a Estados Unidos. En el último tercio del siglo XIX, la tarea se orientó, de manera general, a la realización del catastro, a la promoción del territorio y a la creación de la imagen de México como un Estado nación seguro. Los mapas y los planos no tenían una difusión masiva como la conocemos hoy día, más bien fueron parte de la estrategia de construcción de la imagen de una nación y del control de sus recursos minerales y naturales. En este periodo se realizaron notables proyectos cartográficos, muchos de ellos asociados a las grandes exposiciones universales; entre los más célebres están los elaborados por Antonio García Cubas (1832-1912), quien comenzó su trabajo durante la época del Imperio y se mantuvo vigente pasado el siglo XX. Durante la vida activa del famoso geógrafo llevó a cabo empresas como la Carta general geográfica preparada para la feria de París en 1889 (Tenorio, 1998: 182), tarea muy importante en el contexto de la consolidación de los Estados nación; con todo un conocimiento más preciso del territorio requería de mapas y planos de menor escala que dieran cuenta de una información más precisa para que el Estado, entre otras cosas, se allegara de recursos a través de impuestos, proyectara obras de infraestructura (transporte, pavimentos, alumbrado, telégrafos, etcétera) sobre un plano. El Plano Oficial de la Ciudad de México de 1900 es un ejemplo de la importancia de la escala para el conocimiento y la promoción del territorio; como ya se mencionó algunas líneas arriba el plano muestra la imagen de una ciudad moderna en crecimiento, con proyectos de expansión, organizada racionalmente y comunicada; pero ¿cuál fue la razón que dio origen al plano de 1900?, ¿tuvo un uso específico o sólo se utilizó para promover la ciudad?, ¿qué importancia tuvo en el contexto de la ciudad de México?

### **El origen del plano**

El antecedente del plano de 1900 está en el Plano Oficial de la Ciudad de México, levantado de orden del H. Ayuntamiento por la Comisión de Saneamiento y Desagüe en 1889 y 1890, detallado ampliamente y publicado por la antigua y acreditada casa C. Montauriol y



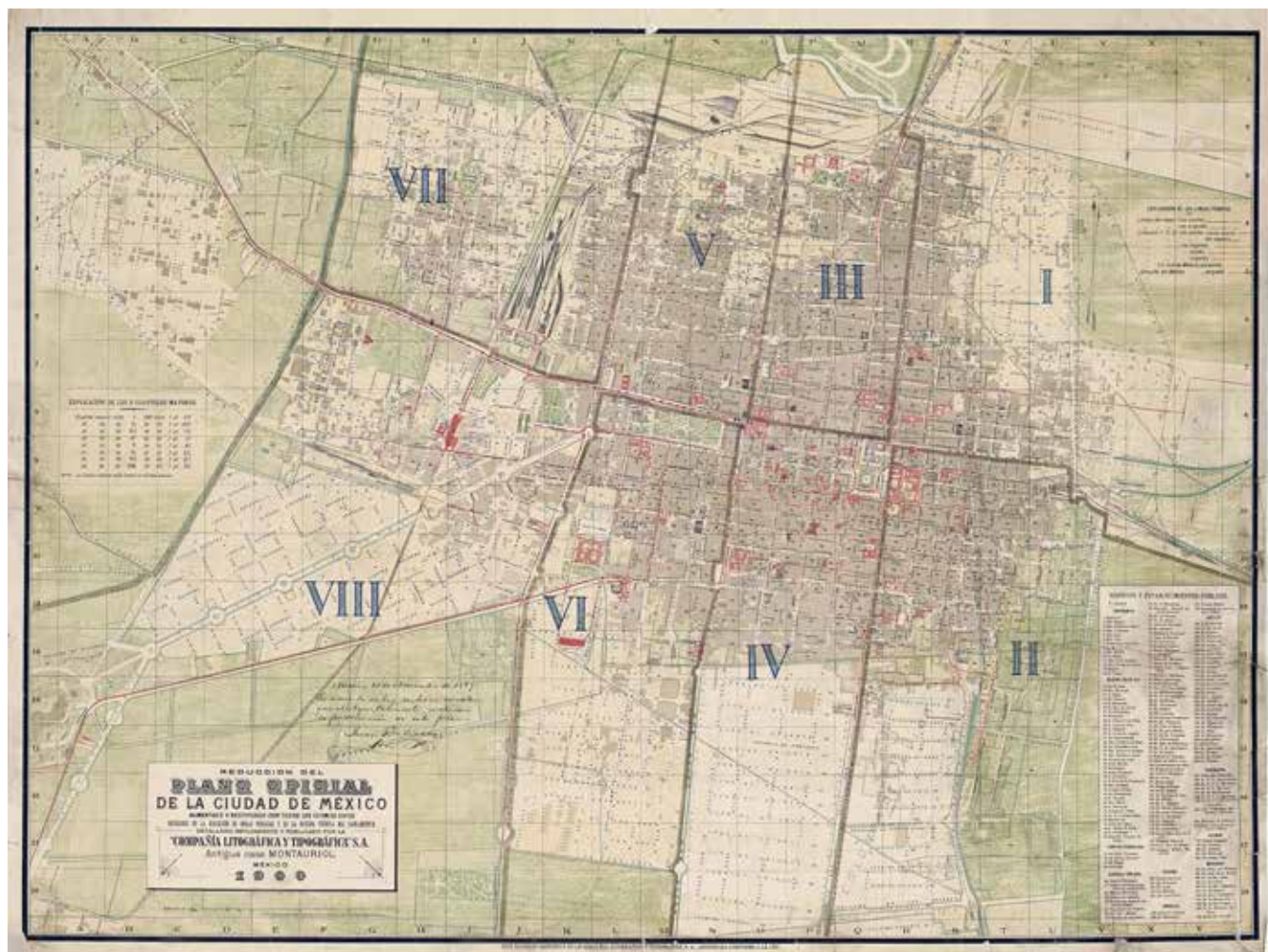


Imagen 1. Plano Oficial de la Ciudad de México, levantado de orden del H. Ayuntamiento por la Comisión de Saneamiento y Desagüe en 1889 y 1890, detallado ampliamente y publicado por la antigua y acreditada casa C. Montauriol y C<sup>a</sup>, 1891. Fuente: Archivo Histórico de la Ciudad de México (AHCM).

C<sup>a</sup>, 1891, la comisión estaba conformada por Guillermo Beltrán y Puga, Macario Olivares y Valente Olivares. (Memoria, 1892: 8) Como el título del plano de 1891 lo sugiere, cartografiar la ciudad de México tuvo como objetivo primordial actualizar la información sobre su territorio para desarrollar el proyecto de desagüe y saneamiento propuesto por el ingeniero Roberto Gayol (ver imagen 1).

El conocimiento preciso de la ciudad contribuiría a definir la distribución de las atarjeas y los colectores que se colocarían en las calles, como después se efectuó en el Plano de atarjeas de la Ciudad de México que formó el ingeniero Roberto Gayol en 1893 según consta en la Memoria documentada de trabajos municipales de 1893 (ver imagen 2). En este proyecto la ciudad aparece dividida en cinco zonas de oriente a poniente cada una

de ellas tiene su red de atarjeas, por supuesto que el plano estaba acompañado de un documento que explicaba el proyecto.

El plano de 1891 se actualizó hasta 1899 y fue publicado como el Plano Oficial de la Ciudad de México de 1900; su autoría personal se desdibuja y en el documento se señala que la puesta al día se hizo con datos de “Recogidos de la Dirección de Obras Públicas y de la Oficina Técnica de Saneamiento”. De este trabajo se desprendieron los realizados para dar cuenta de los puentes, canales y zanjas existentes en la ciudad de México o para mostrar las líneas de transporte con las que contaba la capital, como lo muestran el Plano General de la Ciudad de México con indicación de los Puentes, Canales y Zanjas de 1900 o el Plano de la Ciudad de México. Sistema general de líneas férreas urbanas de la

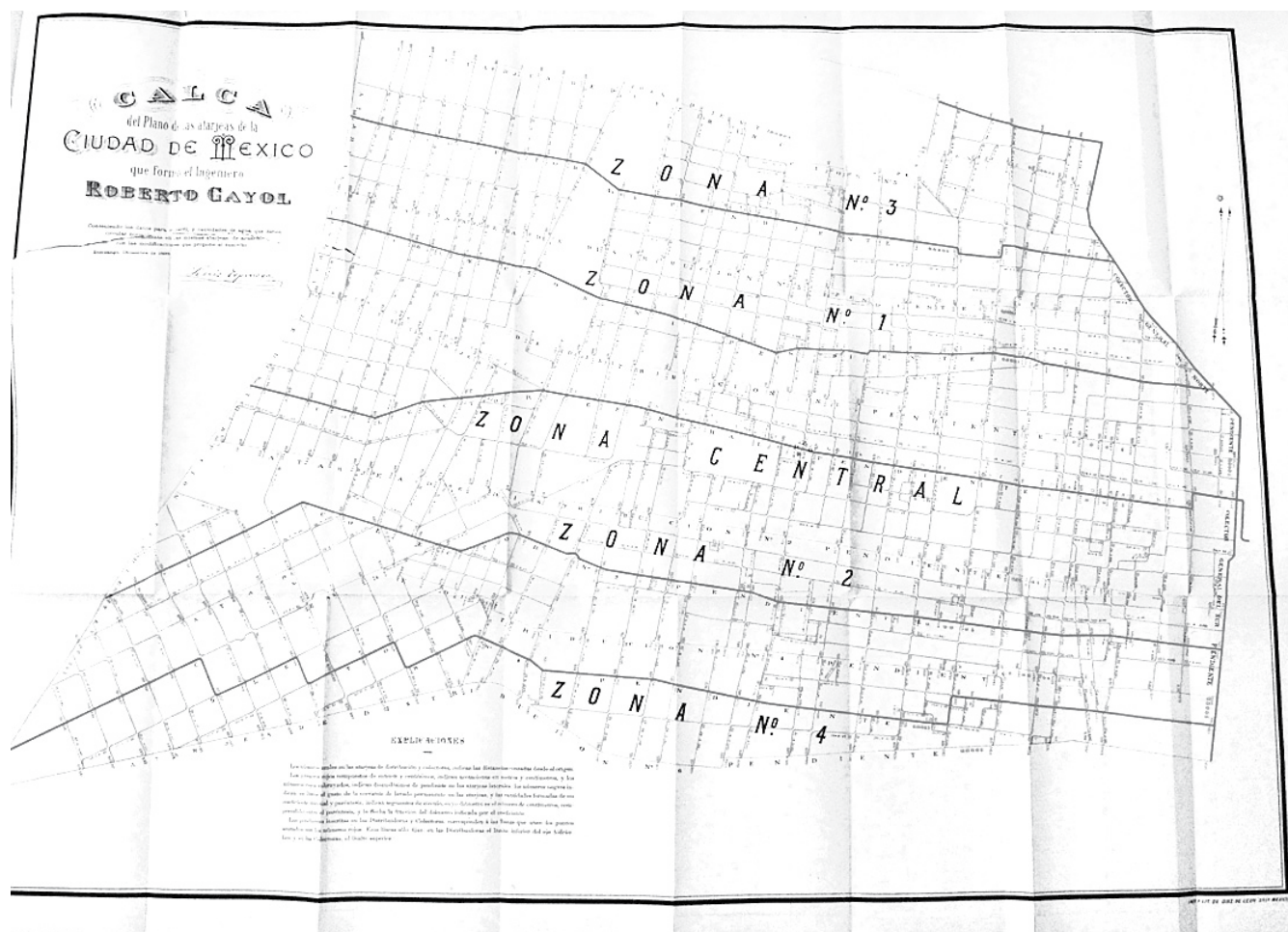


Imagen 2. Calca del Plano de las atarjeas de la Ciudad de México, que formó el ingeniero Roberto Gayol, Fuente: Archivo Histórico de la Ciudad de México (AHCM).

Compañía de Tranvías Eléctricos de 1901. Es evidente que este documento tuvo un uso concreto para el Ayuntamiento: registrar los avances en los servicios urbanos de la ciudad de México.

¿Dónde radica la modernidad del plano? En ser un plano que exalta los elementos urbanos que toda ciudad occidental decimonónica debía tener. En principio debía ser una ciudad de redes o arterias que permitieran la circulación en un sentido amplio: del agua, del transporte, del aire, de las personas. Eso significaba tener una red de transporte urbano: tranvías y líneas férreas, que además simbolizaban la posibilidad de comunicación al interior territorio y con otros países. Una red de calles largas y amplias que posibilitan la comunicación y la libre circulación de los automóviles y del aire (desde la perspectiva de los higienistas). Y no debían faltar las

redes hidráulicas y de desagüe, o telegráficas. Algunas, como esta última, no se representan sólo se sugieren con el dibujo de las estaciones telegráficas distribuidas sobre el territorio capitalino.

Al mismo tiempo en el plano de 1900 se mostraba a la ciudad de México en expansión con nuevos desarrollos que daban cuenta de la adopción del urbanismo europeo y de la ruptura con la traza colonial, ejemplo de lo anterior son no sólo la consolidación del Paseo de la Reforma (que tuvo sus inicios en la época del Imperio) sino las colonias que surgieron a lo largo del boulevard y que rompen con la idea de barrio asociado con el arrabal y la pobreza que mencionaban Prantl y Grosso en su Guía.

La representación del equipamiento religioso y civil en el plano hace ostensible la tolerancia del sistema porfirista y posibilita la convivencia entre lo político y lo



religioso, y dentro de lo religioso exhibe la convivencia de los diferentes credos al representar los templos católicos y evangélicos dentro del mismo espacio de la capital como se hace énfasis en el recuadro ubicado en la parte inferior derecha del plano que enlista los Edificios y establecimientos públicos. El plano puede ser considerado moderno no sólo por la época que lo vio nacer sino por las técnicas de realización: levantamiento de datos, dibujo e impresión litográfica; el equipo de trabajo que ejecutó la tarea estuvo conformado por ingenieros poseedores de las técnicas cartográficas propias del finales del siglo XIX.

## II. La singularidad del plano

Su particularidad radica en resumir las características urbanas de la ciudad de México en el tránsito de un siglo a otro –antes de la drástica expansión que se desarrollará en la década posterior-, en exhibir un estado de la cuestión urbana donde están presentes en un tiempo y un espacio definidos la ciudad moderna y la virreinal. Esto puede resultar trivial si se aprecia desde la superficie, lo cierto es que ante el ojo crítico la ciudad de México aparece detenida en el tiempo (con todo y sus omisiones) lista para ser desmenuzada. En la litografía de 1900 podemos echar un vistazo para abarcarla toda y construir en nuestra mente una imagen –más o menos- completa de su territorio, de sus relaciones espaciales y de los actores que la intervienen, ¿pero cómo está representada la ciudad?

En el plano oficial de 1900 la capital está dividida en ocho cuarteles o demarcaciones muy útiles para organizar las acciones administrativas y la dotación de servicios urbanos. Tiene dos tipos de nomenclatura: una nominal y otra numérica; la primera es resultado de la asignación de nombres consecuencia del uso o las anécdotas cotidianas. La segunda refleja el intento de Roberto Gayol por ajustarse a un plan racional y sistemático para nombrar la ciudad; en el plano de 1900 los ejes horizontales son ‘Calles’ y los verticales son ‘Avenidas’, al margen de su jerarquía o relevancia en la trama urbana; a cada uno de estos ejes se les asignaba una numeración consecutiva y ordenada, en el último de los casos monótona y carente de gracia.

La nomenclatura nominal da cuenta, por el contrario, de las historias que se entretienen en el uso cotidiano de los espacios, y en muchas ocasiones llega a ser chispeante, acaso algunos ejemplos ilustren lo anterior. La calle del ‘Empedradillo’, relata Luis González Obregón (1865-1938) en *Las calles de México* (1922) lleva su

nombre por ser una de las primeras que se empedraron en la ciudad, en la actualidad es la calle República de Brasil y ahí se erige el edificio del Monte de Piedad. La calle de ‘Madero’ se conoció con el nombre de ‘Plateros’ porque según la ordenanza de Lope Díez de Armendáriz relacionada con el arte de la platería estipulaba que todos los comercios relativos al ramo deberían concentrarse en la calle de ‘San Francisco’ (1922: 166-169). Pero el nombre de Plateros sólo la llevaron la 1ª y 2ª calles, la siguiente se llamó ‘Profesa’ y las restantes ‘San Francisco’. Roberto Gayol sostuvo que una nomenclatura con estas características no obedecía a ningún principio racional, menciona además que sobre una misma línea de calles se encuentran “veinte o más distintos nombres caprichosos y aún ridículos” (AHCM, Documentos, 1904: 14), por ejemplo existen nombres tan “pomposos” como ‘Mil Maravillas’ o tan ridículos como el de ‘Tumbaburros’ o ‘Ratas’. Para alguien que no haya visitado la ciudad, sostiene Gayol, necesitará de un guía que conozca la ciudad a la perfección para orientarlo o que lo lleve al lugar deseado (AHCM, Documentos, 1904: 14-15); pero el autor del proyecto de desagüe de la ciudad olvidó que muy posiblemente a la mayoría de la población le resulta más familiar el conocimiento de la ciudad a partir de estos nombres surgidos de las anécdotas que del razonamiento matemático. La apreciación de Gayol resulta comprensible en un contexto que exalta los postulados de la ciencia y los avances en la tecnología como los vehículos para ordenar la urbe, para curar las enfermedades de la sociedad y de la ciudad, para erradicar los vicios de las clases bajas asociados con el atraso y con el peligro.

En la representación cartográfica de la ciudad en 1900 se destaca el trazo de largas avenidas que van de oriente a poniente y de norte a sur, articulan el territorio al interior de sí mismo (con los nuevos fraccionamientos), y sugiere al mismo tiempo su conexión con zonas lejanas (otros pueblos), muestra de ellos son las estaciones de ferrocarril localizadas estratégicamente. Este plano registra las estaciones Buenavista, Colonia y San Lázaro. La estación Colonia alojaba las instalaciones de la Compañía del Ferrocarril Nacional Mexicano que tenía las líneas México-Manzanillo por Toluca, Maravatío, Acámbaro, Morelia, Zamora y La Piedad y la línea Nuevo Laredo (Prantl, 1900: 213). La de Buenavista tenía las líneas del Ferrocarril Central y Mexicano; sus rutas eran a Veracruz y Paso del Norte. Y en San Lázaro el Ferrocarril Interoceánico tenía como destinos México-Veracruz vía Jalapa, México-Puebla-Oaxaca;



México-Cuautla-Puerto de Ixtla y México-Cuautla-Puebla. Otros elementos urbanos importantes son el Canal o Paseo de la Viga, que aparece representado en azul, junto con los ríos y canales: canal del Norte, Gran Canal del Desagüe, canal de San Lázaro o los ríos Consulado, San Joaquín o de los Morales. Al trascender la ubicación de las estaciones de ferrocarril, su representación confirma las posibilidades de comunicación que tiene la ciudad de México, sus avances en la tecnología y en la arquitectura de las estaciones, cuando se revisan imágenes de época.

También están los espacios de encuentro: los tóvols (Petit Versailles, cerca del pueblo de Romita; el del Eliseo sobre la Ribera de San Cosme); los baños públicos se reunía desde lo más granado de la sociedad porfiriana hasta los sectores más pobres, un ejemplo fue la alberca Pane entre Reforma y Bucareli, (actualmente la calle de Atenas).

La importancia de los baños públicos, al margen de su categoría, radica, según Claudia Agostini, en que “cumplían con la tarea de liberar al cuerpo social e individual de suciedad, grasa, microbios y todo tipo de parásitos, requisitos indispensables para que la nación contara con ‘seres sanos y robustos, aptos para luchar por la vida’... Un escritor, después de haber tomado un baño turco-romano en la Alberca Pane señaló que, al salir de dicho establecimiento, ubicado sobre el paseo de la Reforma, se sintió fresco y que su cuerpo se encontraba lleno de agilidad y brío.” (2005: 574) Porfirio Díaz tenía por costumbre nadar media hora en la alberca Pane (Quirarte, 2010: 315); la peculiaridad de este lugar radicó en ser un lugar de encuentro para los bañistas, ahí había jardines, un restaurante, fondas que posibilitaban la convivencia y el esparcimiento. (Rivera y Cambas, 1880: 284).

Otros sitios importantes de esparcimiento se localizan fuera del centro de la ciudad, lo mismo sucede con el equipamiento hospitalario o las cárceles o de servicios como el rastro municipal. La localización del equipamiento en la periferia, según Agusté Génin, tiene como propósito “descentralizar los lugares de atracción, los sitios de paseo y los puntos en que se aprovisionaran los negociantes, los clientes y los extranjeros [...] procurando que en el conjunto de la ciudad hubiera bellos edificios, palacios suntuosos”. Los nuevos diseños y su construcción, además de cambiar la faz de la ciudad, pretendían servir de estímulo y ejemplo para que la población que viviera en casas del viejo estilo mejorara sus fachadas. Otros de los grandes fundamentos del

cambio urbanístico porfiriano fue intensificar la construcción de ‘[...] calles amplias, asfaltadas y rectas que permitieran cruzar la ciudad de un extremo a otro.’ Su puesta en marcha trajo innovaciones considerables en el plano de la ciudad aunque conservó su impronta anterior con la preservación de edificios y monumentos en el centro, así como de calles trazadas en forma de cuadrícula regular.” (en De Goratri, 2012: 63-64) En el caso de los hospitales, del rastro o los panteones obedece a una política higienista mantener a la ciudad a salvo de las inmundicias que produce el trabajo con cuerpos o animales. Si al plano de 1900 le acercamos la lupa arroja pistas que obliga a acudir a otras fuentes, veamos el caso del cuartel VI.

### **III. El Cuartel VI: entre la representación cartográfica y la cotidianidad**

El plano de 1900 no oculta su propósito más evidente: dar testimonio de la situación de la ciudad de México en el tránsito del siglo XIX al XX, como ya se indicó arriba. La urbe ahí representada invita al recorrido por sus calles y avenidas; hacia las zonas sur y poniente la ciudad de México se ofrece como una promesa para la expansión: se observan colonias en proyecto, fraccionamientos incipientes, extensos eriales. En el diálogo de la cartografía con otras fuentes documentales se manifiesta una ciudad diferente; la interpretación acerca del progreso material de la época porfiriana se bifurca, emergen contradicciones que cuestionan los grandes relatos de la modernidad. La ciudad del orden immaculado de la cartografía se desdibuja; las descripciones de la ciudad de México en las crónicas escritas para los periódicos de la época en diferentes momentos reflejan un entorno urbano lastrado por la ineficacia, la desorganización, la falta de servicios y la pobreza; la representación del cuartel VI es el trasunto de la modernidad porfirista. Para confirmar lo anterior citaré a Ignacio Manuel Altamirano (1843-1893) que escribió en la República en 1880: “Más allá del Zócalo: la anemia, la melancolía, los murmullos prosaicos, el hormigueo de los pobres, la pestilencia de las calles desaseadas, el aspecto sucio y triste de México del siglo XVI, las atarjeas azolvadas, los charcos, los montones de basura, los gritos chillones de las vendedoras, los guiñapos, los coches de sitio con sus mulas éticas y sobre todo esto, pasando a veces un carro de los tranvías como una sonrisa de la civilización iluminando este gesto de la miseria y la suciedad.” (Treviño, 2010: 249) Once años después Prantl y Grosso (1901: 288-690) confirmaron el

relato de Altamirano, describen una ciudad variopinta y de contrastes urbanos. La modernidad descrita por el plano de 1900 es selectiva no como la descrita por la cartografía: homogénea; esto indica que las prioridades del Ayuntamiento en materia de servicios urbanos distan de la aplicación sistemática y regular, se confirma entonces, lo que ya se ha dicho en diferentes textos, que los servicios o las obras en la ciudad estaban en función de intereses específicos más que colectivos.

Al finalizar el siglo XIX, el cuartel IV anunciaba – junto con todos los otros de número par– una tendencia de expansión muy marcada hacia el sur del territorio capitalino. De la avenida Arcos de Belem, la colonia Hidalgo (junto con la Indianilla que no se nombra) muestran una clara tendencia de crecimiento y sugieren una actividad social y económica importante. En el sur y el poniente se encuentran ubicados los proyectos inmobiliarios más importantes, no todos se nombran: las colonias Roma, Condesa, San Rafael, los Arquitectos, la Limantour o Bucareli, Juárez y del Paseo. El límite de la urbanización lo marca la representación del Hospital General, construido en uno de los extremos de la colonia Hidalgo, como ya se mencionó arriba su localización no fue resultado de la casualidad; en 1901 el doctor Manuel Pasalagua sostuvo que: “la situación de un hospital en una ciudad debe ser un punto lateral a la dirección de los vientos predominantes... para que no reciba los miasmas y productos morbosos que salgan del hospital” (Álvarez, 2010: 24). La lejanía de la colonia Hidalgo respecto a la ciudad garantizaba la dispersión a través de los vientos de cualquier inmundicia. No por ello el nosocomio estaba incomunicado, muy cerca de sus instalaciones pasaban los ferrocarriles de San Ángel y del Valle; y por si se ofrecía el Panteón General de la Piedad estaba muy cerca, localizado sobre la avenida del mismo nombre; para divertirse estaban a tiro de piedra la plaza de toros y el velódromo. Literalmente en esa zona de la ciudad la gente sufría o se divertía.

### Límites del cuartel

Al norte con la calle Portillo de San Diego–San Juan de Dios y la Mariscala (Avenida Poniente), todas son parte de una misma avenida que adquiere diferentes denominaciones en cada uno de sus tramos. Al poniente colinda con la calle de Bucareli y calzada de la Piedad (calle Sur 12). Al oriente Santa Isabel –San Juan– calzada Niño Perdido (Calle Sur). Al sur el límite es difuso, no hay una línea de demarcación, sólo se representa una zona rural. Un tercio de esta demarcación –el cercano

al núcleo central de la ciudad– muestra un territorio consolidado con manzanas urbanizadas casi en su totalidad.

### Equipamiento

El espacio público de recreación más importante, no sólo por su tamaño sino por su ubicación e importancia histórica y simbólica, es la Alameda. Pero además cuenta con siete plazas más: la de Armas (más dos pequeñas plazas jardinadas), la Ciudadela, el Jardín Pacheco, la de Tecpan de San Juan, la de Belén, la Hidalgo. Dos parroquias: San José y Campo Florido, que en la parte posterior tiene ubicado el ex panteón del mismo nombre; cuatro iglesias: San Diego, Corpus Christi, San Juan de la Penitencia, San Pedro de Belén. Tres hospitales: Hospital General, Hospital Español, Maternidad. Cuenta además con el Almacén de Obras, las Bombas de inyección; el Depósito de Ferrocarril; el Velódromo o Hipódromo de Indianilla; el Instituto Médico Nacional; la Dirección de Teléfonos; Palacio de Justicia en el Ramo Penal; la Cárcel Municipal y la Cárcel de la ciudad; el Mercado San Juan y el Hospital General.

### Más allá del plano: el Campo Florido un ejemplo

¿En qué momento se desdibuja la representación idílica de la ciudad? Cuando lo que dice (o niega) del plano se entreteje con otras fuentes documentales, ¿qué significaba caminar por estas calles y avenidas periféricas representadas en el plano de 1900? La literatura y las crónicas de la época nos ofrecen un punto de vista distinto de la realidad cartográfica; andar por las calles de la periferia de la ciudad enfrentaba al transeúnte a un urbe de carente de servicios: sin pavimento, drenaje y alumbrado; de calles inundadas, de olores fétidos y miasmas volátiles. Se mostraba una ciudad a la que tanto temor tenían los higienistas de la época.

Una zona que mereció la atención de la época fue el Campo Florido no tanto por su capilla como por su cementerio. La antigua zona rural exhibe, según los cronistas de la época y los documentos de archivo, la transformación del uso de suelo con la creación de zonas habitacionales y la instalación del equipamiento urbano propio de una ciudad moderna. El sitio se llamó así, según Rivera y Cambas, porque existieron chinampas donde se cultivaban flores. Durante su vida útil como panteón las lluvias lo anegaban “y sin exageraciones, anota Rivera y Cambas, se puede asegurar que los muertos flotaban en el fango...” (1882-83, tomo



2: 251) Para el año de 1900 Marroquí señala con cierta nostalgia: “Hoy se conserva el nombre, pero se ha perdido el encanto del lugar, los árboles han desaparecido, reemplazados de un lado y otro por elevadas tapias de adobes, sin adorno ninguno, destinadas a defender establecimientos industriales, la mayor parte ladrilleras: su pavimento de tierra, como en la antigua calzada, no urbanizado todavía por el Ayuntamiento presenta un aspecto triste que contrasta con su anterior belleza.” (Tomo 2, 1900: 50). El Campo Florido tiene dos calzadas una de ellas es la calzada larga (Calle Sur 2) que va de norte a sur que inicia en Arcos de Belén (Avenida poniente 20) y finaliza en la capilla que lleva el mismo nombre y es importante porque es la conexión con la parte urbanizada de la ciudad; Marroquí dice al respecto: “No hace muchos años todavía esta calle comenzó a formarse con edificios de uno y otro lado: antes fue una calzada formada de árboles a derecha e izquierda, y terminaba en una plazoleta semicircular frente al santuario, también rodeada de árboles. (Marroquí, tomo 2: 49) La calzada chica (Avenida poniente 26) perpendicular es el vínculo con Niño perdido y el hospital Español.

La vida activa del cementerio comprende el periodo que va de 1846, año de su fundación hasta 1878, fecha en que se clausura formalmente. El clausura del panteón no sólo significó el saneamiento de esa parte de la ciudad decimonónica sino la transformación urbana de los terrenos eriazos, esto significaba la consolidación y el crecimiento urbanos hacia la parte sur del territorio. Durante el periodo comprendido entre 1884-1900, de acuerdo con Dolores Morales, en la ciudad de México se advierte un relevante crecimiento en dirección noreste, poniente y sur. En esta zona se crearían y después se fundirían las colonias Hidalgo (1889) e Indianilla (1889). Esto se traduce en la posibilidad de fraccionar el predio del cementerio y venderlo, para favorecer la creación o la consolidación de nuevo equipamiento, de extender y alinear las calles sobre esa parte de la ciudad y favorecer la tendencia de crecimiento hacia el sur. Los cementerios no debían estar cerca de las zonas pobladas, debido a la creencia de la contaminación de los aires por los miasmas que se desprendían los cuerpos ahí enterrados. Su clausura tiene una fecha definida, sin embargo, la utilización absoluta del terreno del cementerio se prolongó hasta los primeros años del siglo XX, esto es hasta que los últimos cadáveres pudieron ser exhumados y trasladados al Panteón de Dolores. En 1899 una parte del terreno del ex cementerio

se cede para depósito de almacenes y a la Dirección de Aguas y Obras Públicas. (Fondo Ayuntamiento, Sección Aguas, vol. 41, exp. 524, 1899; Fondo Ayuntamiento, Sección calles-aperturas, vol. 455, exp. 204, 1894 a 1920) El hecho no es intrascendente porque da cuenta de la política urbana de trasladar los cementerios muy lejos de la capital como se propuso con el Panteón Dolores, e impulsar otro tipo de uso de suelo. Marroquí describe en la zona del Campo Florido había industrias y comercios diversos: fábricas de bizcochos, molinos de chocolate, existía una Compañía de aguas Gaseosa y un taller Mecánico de Tejidos de algodón, molinos de nixtamal, fábrica de aderezos, de artefactos de madera, de cigarros; proliferaban los hornos de ladrillo situados sobre la calzada de la Piedad, en las cercanías del Hospital General, alrededor del panteón Francés y en las inmediaciones de la colonia Hidalgo. Lo anterior se comprueba en el otorgamiento y renovación de licencias, por parte del municipio, para quienes lo solicitaban como se comprueba en la información de archivo.

#### **IV. Consideraciones finales**

La cartografía decimonónica de la ciudad de México es una representación instantánea del territorio que cuando se compara con documentos de distintos años o épocas puede ofrecer un panorama de los cambios en la trama urbana.

La acuciosidad o el detalle de las transformaciones están en función del tipo de fuente cartográfica; las variantes (objetivos, público al que va dirigido, época en que se realizó, etcétera) entre un plano y otro no sólo pueden asistarnos en la reconfiguración de las ideas o políticas urbanas de la época sino también en la reconstrucción de los usos del espacio urbano; pueden ayudarnos a entender la trascendencia de la arquitectura y su incidencia en las actividades urbanas que caracterizaron ciertas áreas de la ciudad; o bien posibilitan la comprensión del papel de los actores involucrados en la toma de decisiones.

## Archivo

Memoria documentada de los trabajos municipales en 1892 (1893), México: Impresión y litografía de Díaz de León Sucursales, Sociedad Anónima.

Memoria documentada de los trabajos municipales en 1893 (1894), México: Impresión y litografía de Díaz de León Sucursales, Sociedad Anónima.

AHCM Gobernación. Obras Públicas, calles, nomenclatura. 1904-1913. Tomo 1191. Documentos relativos a la nomenclatura de calles y numeración de casas de la ciudad de México. H. Ayuntamiento Constitucional de México [autor], México, 1904, Tip. y Lit. "La Europea" de Juan Aguilar Vera y Compañía, S. en C. Calle Santa Clara núm. 15.

Fondo Ayuntamiento, Sección Aguas, vol. 41, exp. 524, 1899

Fondo Ayuntamiento, Sección calles-aperturas, vol. 455, exp. 204, 1894 a 1920

## Bibliografía

Álvarez Cordero, (2010) "La inauguración del Hospital General de la Ciudad de México" en Revista de la Facultad de Medicina, volumen 53, número 5, México: UNAM.

Agostini, Claudia (2005) "Las delicias de la limpieza: la higiene de la ciudad de México" en Gonzalbo Aizpuro, Pilar (2011) Historia de la vida cotidiana en México. IV Bienes y vivencias. El siglo XIX, México: F.C.E. – COLMEX.

De Gortari Rabiela, Hira (2012) El catastro a fines del siglo XIX y de 2000. Estudios de caso, México: IIS-UNAM.

Figueroa Domenech (1899) Guía general descriptiva de la República Mexicana : Historia, Geografía, Estadística, etc. Con triple directorio del comercio y la industria, autoridades, oficinas públicas, abogados, médicos, hacendados, correos, telégrafos y ferrocarriles, México: Barfcelona, Ramón de Araluca.

Harley, J. B. (2005), La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía, México: F.C.E.

Lombardo de Ruiz, Sonia (et. al.) (2009), Territorio y demarcación en los censos de población. Ciudad de México 1753, 1790, 1848 y 1882, México: INAH, UACM, ADAMB, CIGG.

Marroquí, José María (1900) La Ciudad de México, Tomos: I, II y III, México: La Europea.

Morales Martínez María dolores (1978) "La expansión de la ciudad de México en el siglo XIX: el caso de los fraccionamientos" en Alejandra Moreno Toscano (coord.) Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia. Seminario de historia urbana, México: Departamento de Investigaciones Históricas, INAH, pp. 189-200.

Treviño, Blanca Estela (2010) La vida en México (1812-1910). Noticias, crónicas y consideraciones varias del acontecer en la ciudad de México, México: Jus, UANL, INBA, CONACULTA.

Quirarte, Vicente (2011) Amor de ciudad grande, México: Fondo de Cultura Económica.

Prantl Adolfo y José L. Groso (1901) La Ciudad de México. Novísima Guía Universal de la Capital de la República Mexicana. Directorio clasificado de vecinos y prontuario de la organización y funciones del Gobierno Federal y oficinas de su dependencia. Obra ilustrada con fotogramas de Ulderico Tabarracci, tirados aparte, y acompañada de un plano topográfico de la ciudad, México: Juan Buxó y Compañía, editores.

González Obregón, Luis (1983) Las calles de México, México: Editorial Patria.

González, Luis (2001) Historia general de México, México: El Colegio de México.

Rivera Cambas, Manuel (1882) México artístico, pintoresco y monumental: vistas, descripción, anécdotas y episodios de los lugares más notables de la Capital y de los Estados, aun de las poblaciones cortas, pero de importancia geográfica o histórica: las descripciones contienen datos científicos, históricos y estadísticos. México: (1957) Editora Nacional, tomo II.

Tenorio Trillo, Mauricio (1998) Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales 1880-1930, México: Fondo de Cultura Económica.